

Cristián Rodríguez Estrada

...gr., en horas de la madrugada, falleció el amigo y colaborador de este periódico don Cristián Rodríguez Estrada. Hablar de él no podrá tener otro sentido que el de un justo homenaje a su memoria. Su vasta vida es un terreno lleno de inquietudes intelectuales y de constante investigación y estudio. Después de haber vivido en Nueva York por espacio de cuarenta años, combinando el trabajo con las lecturas científicas y filosóficas, profundizando el conocimiento del español, del inglés y del francés y sirviendo de cicerone a todo costarricense que llegaba a esa gran ciudad, se vino para Costa Rica, su patria remota que no olvidó nunca, y de cuyos recuerdos, historia y anécdotas estaba llena su mente privilegiada.

Su regreso al país fue ruidoso, como correspondía a un espíritu iconoclasta, rebelde y perennemente inquieto. Dio charlas llenas de amenidad y de picardía en muchos lugares del país, participó con gran entusiasmo en algunos movimientos de bien público que entonces se organizaban y volvió a su oficio de periodista escribiendo diariamente en la página 15 de La Nación, en sus suplementos y en muchas revistas y semanarios del país. Su tema, el tema de su vida, fue la lengua española, el correcto decir y escribir, la infatigable defensa del habla hispana contra las invasiones de los

idiomas extranjeros. Pero también ahondó en los temas filosóficos que dominaba plenamente no obstante que fue un autodidacta. Su filiación a la filosofía de Bertrand Russell lo convirtió en un divulgador apasionado de ese pensamiento y lo llevó a más de una polémica contra las escuelas de moda, especialmente las alemanas, que motejaba con el término de los nibelungos.

Su espíritu ardoroso, combativo, polémico y mordaz no le dio descanso. Todavía hace pocos días, antes de caer postrado en cama, escribió varios artículos sobre el tema de su vida. Fue un liberiano de conocimientos enciclopédicos, casi un erudito, a quien se podía acudir en busca de una respuesta inmediata y clara sobre cualquier disciplina o conocimiento humano. Lector impenitente, y dotado de una memoria privilegiada, se constituyó en el mentor de todos nosotros, jóvenes y viejos. Con su paso indeciso y lento y su cuerpo erguido como el del gran manchego, se daba a la tarea itinerante de desfacer entuertos lingüísticos, históricos y científicos donde quiera que lograba descubrirlos.

Su inteligencia y su cultura gravitaron por quince largos años en el país hasta que su muerte puso término a la gran aventura de su vida. Con don Cristián Rodríguez, La Nación y el país pierden a un colaborador excepcional y a un gran costarricense.